



Nómadas (Col)

ISSN: 0121-7550

nomadas@ucentral.edu.co

Universidad Central

Colombia

Sánchez Lopera, Alejandro; Rueda Ortiz, Rocío
MARÍA CRISTINA LAVERDE TOSCANO: LA ARTESANÍA DE UNA PRÁCTICA INVESTIGATIVA
PARA LAS CIENCIAS SOCIALES
Nómadas (Col), núm. 40, abril, 2014, pp. 10-33
Universidad Central
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105131005002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



Problemas sociales contemporáneos

Problemas sociais contemporâneos

Contemporary social problems



1. TRAYECTORIAS

TRAJETÓRIAS

TRAJECTORIES



Muchachos en la Playa, óleo sobre tela, 1927 | 37,5 x 47,5 cm
FRANCISCO NARVÁEZ | CÓDIGO: 01-113, COLECCIÓN FUNDACIÓN FRANCISCO NARVÁEZ
(VENEZUELA)

MARÍA CRISTINA LAVERDE TOSCANO: LA ARTESANÍA DE UNA PRÁCTICA INVESTIGATIVA PARA LAS CIENCIAS SOCIALES

MARÍA CRISTINA LAVERDE TOSCANO: O ARTESANATO DE UMA
PRÁTICA INVESTIGATIVA PARA AS CIÊNCIAS SOCIAIS

MARÍA CRISTINA LAVERDE TOSCANO: HANDCRAFTS OF AN
INVESTIGATIVE PRACTICE FOR SOCIAL SCIENCES

Alejandro Sánchez Lopera* y Rocío Rueda Ortiz**

Se presenta aquí la trayectoria intelectual y académica de María Cristina Laverde Toscano, fundadora del Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos (IESCO), antiguo Departamento de Investigaciones de la Universidad Central (DIUC). El texto muestra sus distintas apuestas y batallas por posicionar la investigación social interdisciplinaria en la Universidad y en Colombia, ante el ascenso de la Universidad-empresa. Los autores finalizan expresando su beneplácito frente a la decisión de retirarse como directora del Iesco, como un acto de coherencia con su perspectiva nómada de las ciencias sociales.

Palabras clave: Iesco, DIUC, revista Nómadas, investigación, historia de las ciencias sociales, Colombia.

Apresenta-se aqui a trajetória intelectual e acadêmica de Maria Cristina Laverde Toscano, fundadora do Instituto de Estudos Sociais Contemporâneos (IESCO), antigo Departamento de Investigações da Universidade Central (DIUC). O texto mostra suas diferentes apostas e batalhas por posicionar a investigação social interdisciplinária na Universidade e na Colômbia, ante a ascensão da Universidade-empresa. Os autores finalizam expressando seu beneplácito frente à decisão de retirar-se como diretora do Iesco, como um ato de coerência com sua perspectiva nômada das ciências sociais.

Palavras-chave: Iesco, DIUC, revista Nómadas, investigação, história das ciências sociais, Colômbia.

The reader is here presented the intellectual and academic career path of María Cristina Laverde Toscano, founder of the Institute for Contemporary Social Studies (IESCO in Spanish) former Research Department of the Universidad Central (DIUC in Spanish). The text shows her different bets and battles in order to gain a position for the interdisciplinary social research within the University projects, and in Colombia, facing the uprising of the University as an enterprise. The authors express in the end their approval of Laverde's decision to resign from her chair as IESCO's director, an action valued in his coherence with her nomadic perspective on social sciences.

Key words: Iesco, DIUC, Nómadas magazine, research, social sciences history, Colombia.

* Politólogo, Magíster en Investigación en Problemas Sociales Contemporáneos y Candidato a Doctor en Literatura Latinoamericana de la Universidad de Pittsburgh (Estados Unidos). Becario Andrew Mellon de la misma Universidad. E-mail: als219@pitt.edu

** Psicopedagoga, Magíster en Tecnologías de la Información aplicadas a la Educación y Doctora en Educación de la Universidad de Islas Baleares. Profesora del Doctorado Interinstitucional en Educación de la Universidad Pedagógica Nacional. E-mail: rruedaortiz@yahoo.com

Escribimos a varias manos un fragmento de la vida singular de una persona que rompe con lo esperado en el horizonte de las historias oficiales de las ciencias sociales en Colombia. Desde un lugar menor, marginal en el concierto de las universidades del país, partícipes como fuimos de la confección del Departamento de Investigaciones de la Universidad Central (DIUC)-Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos (IESCO)¹, no ocultamos los afectos puestos en juego en este texto: todo lo contrario, jugamos con éstos para disfrutar este homenaje, para recrear la memoria de una artesanía y la celebración de una vida.

Hablaremos entonces de una mujer, María Cristina Laverde Toscano, y de su aporte a las ciencias sociales: la artesanía de las condiciones de posibilidad para una investigación novedosa, crítica para el país y el continente. Esta artesanía requirió de una perspectiva y de una sensibilidad capaces de ver “las fuerzas”, “las potencias”, los “colores”, los “grises” de actores diversos y de problemas sociales que, al ponerlos en contacto, fueron creando una práctica investigativa singular. Si, como dice Richard Sennett a propósito de la artesanía, que el “hacer es pensar” (2009: 9), diremos que la práctica investigativa que construyó era un hacer que se volcó todo el tiempo a pensar los problemas sociales, la realidad del país, la sociedad, nuestras relaciones con la sociedad, nuestros métodos. Por ello, queremos hablar tanto de la obra, como de la artesanía, pues las dos hablan a su vez de la artesana.

Se trata de una mujer que, desde novedosas apuestas y juiciosos presupuestos, se lanzó a proponer cosas y no tuvo miedo a ser protagonista, en medio de una academia y una sociedad patriarcales. Abrió puertas, convocó subjetividades diversas, se arriesgó a pensar diferente, a nadar contra la corriente y a incomodar a ciertos poderes. Las historias oficiales de las ciencias sociales en Colombia no cuentan la historia de alguien como María Cristina: una mujer que dirigió un proceso colectivo de pensamiento sin utilidades para el Estado, ni para la empresa, en una universidad que no es ni de élite ni pública. Por eso, hablamos de una historia que surge en los márgenes.

Este pensamiento y este temperamento fuerte, luchador, estuvieron atravesados por un posicionamiento vital

como mujer y por la mujer colombiana. Hacia finales de los años setenta e inicios de los ochenta, ella abanderó la lucha feminista: junto con Fabiola Campillo y Sonia Martínez creó el Círculo de Mujeres, un espacio desde donde se dieron entonces importantes debates, eventos, y se produjeron distintos documentos y materiales pedagógicos que con ahínco perseguían otras posibilidades para ese “eterno femenino”, ya tan cuestionado. Más adelante, sin renunciar a su forma de ser feminista, su rol fue otro: visibilizar a las mujeres para verlas no sólo como víctimas, ni sólo como subordinadas del patriarcado, ni como una cuota de igualdad, sino como un espacio afirmativo para el país. Mujeres del mundo académico, político y artístico, reconocidas como una fuerza posible “para construir un mundo dispuesto hacia el reconocimiento y el respeto a la diferencia y hacia una real equidad”, como ella dice en su entrevista a Esmeralda Arboleda: “[...] un mundo donde la alegría de vivir fuera posible a los diversos géneros” (Laverde, 1997). Así, lo femenino ha sido para ella un lugar vital de enunciación, de cuidado y afirmación del otro. Este posicionamiento le permitió al DIUC-IESCO constituirse no sólo internamente, sino establecer contactos con muchos otros movidos por afectos similares y diseminados en diversos lugares del mundo. Algunos desde la marginalidad académica y otros, pocos, desde un lugar cada vez más central en la crítica social contemporánea. Por eso, escribir sobre el proyecto de María Cristina es describir un temperamento vital específico, y un rasgo singular: la creación de conexiones. Así, por las redes de trabajo y afecto es que el DIUC-IESCO, sus distintas series editoriales, sus eventos nacionales e internacionales, su revista *NÓMADAS* y sus programas de formación, se abrieron de manera inédita a América Latina, Europa y Estados Unidos. No de forma mejor ni peor, pero sí novedosa.

Conectarse de esa manera con otras partes del mundo implicó, sin embargo, vaya contrasentido, un cierto aislamiento político en Colombia. Al no querer volverse el centro, el gran asesor o planeador, la gente hacía la pregunta: “¿Y, entonces, para qué sirve?”. Algunos académicos decían: “¡Ah, posmodernos!”. Su intuición, quizás, era otra. Tal vez se trataba de, antes de salvar o solucionar, pensar los problemas de otra forma. Construir, por ejemplo, la violencia como un problema y un objeto, y no darla por sentado. No decir, con tabla de

medición en mano: “¡Ahí está la violencia!”. Pensar la violencia en el país más violento del mundo, ¡tremenda paradoja! Precisamente, el lado afirmativo de esa paradoja fue lo que esta mujer jalonó.

Ese jalonazo marca quizá la diferencia entre retratar o constatar lo múltiple y, con toda la modestia, errores y limitaciones, hacer lo múltiple. En ese hacer, surgió *NÓMADAS*, en cuya primera editorial, con Saint-John Perse, se hablaba ya de “buscadores de puntos de agua sobre la corteza del mundo; vosotros que buscáis, vosotros que encontráis razones para marchar a otros lugares” (Laverde, 1994: 5). *NÓMADAS*, el equipo DIUC-IESCO han sido buscadores que han gozado y padecido las consecuencias de la itinerancia. Intentar mover los presupuestos desde los cuales hemos pensado nuestros acuciosos problemas tiene un precio y una alegría. El precio es el que se paga por arriesgarse a lo nuevo. La alegría, es sentir que había mucho por decir, por pensar, por hacer, si se estaba dispuesto a no servir al burócrata o al empresario.

La potencia de la artesanía de María Cristina hacia afuera y hacia adentro del DIUC-IESCO consistió en desplegar la pregunta sobre cómo vincular mundos dispares, cómo enlazar realidades heterogéneas para componer mejor las fuerzas. Cómo juntar trayectos de personas distintas para hacerse parte del enriquecimiento de la vida, a través de hilos que unían sin amarrar. Muchos vínculos y personajes hacen parte de esta historia. Juntar personas tan dispares, valorando cada cosa en su singularidad y llevando su potencial al máximo sin romper el telar, requería de una apuesta y un temperamento particular. La imagen de la fuerza de esa labor artesanal que ella encarnó es la misma que recrea Roberto Bolaño en su novela *2666*, con uno de sus bellos personajes: Dorothea, una mecanógrafa directora de un grupo inmenso de mecanógrafas, sesenta. Tras distinguir el tono de Dorothea en medio de ese inmenso teclear, nos dice otro personaje que en “el teclear de la señora Dorothea” sobre la máquina de escribir, se descubre “que la música podía estar en cualquier cosa”:

El teclear de la señora Dorothea era tan rápido, tan particular, había tanto de la señora Dorothea en su mecanografía, que pese al ruido o al sonido o a las notas acompasadas de más de sesenta mecanógrafas trabajando a la vez, la música de Dorothea se elevaba muy

por encima de la composición colectiva de sus colegas, sin imponerse a éstas, sino acoplándose, ordenándolas, jugando con ellas (2009: 1034).

Esta artesanía capaz de encontrar la música, de acoplar entidades diversas y a su vez la convicción (el impulso) de autonomía y de no servidumbre, requiere un tiempo y unas condiciones para poder pensar y hacer lo múltiple. No se pueden pensar los problemas contemporáneos corriendo tras las musas de la financiación cortoplacistas y los temas de moda. Pero, ¿cómo sostenerse en medio de la arremetida que la Universidad-empresa y la política neoliberal le hacen a los restos de humanismo que le quedan a la Universidad privada? ¿Cómo hablar de crítica sin asumir ser “la autoridad de la crítica” y al mismo tiempo, evitar ser objeto de mediciones de lucro y ganancia? ¿Cómo producir conocimiento en medio de políticas que acortan y achatan las ciencias sociales?

Esto implicó cierta velocidad frente a la inercia propia de las instituciones. Para volver a la imagen del personaje de Bolaño, “a Dorothea le gustaba la velocidad y su tecleo usualmente iba por delante de todos los demás tecleos, como si abriera camino en medio de una selva muy oscura, muy oscura, muy oscura” (1034). Abrir caminos en medio de grandes doctos especializados en ciencias de la carencia (que repetían sin cesar que Colombia es subdesarrollada, atrasada, violenta...), convirtiéndose en un haz de luminosidad, pues “la señora Dorothea parecía un corazón, un enorme corazón latiendo en medio de la niebla y el caos” (1034): el caos de la precisión. El hilar lo mejor de muchos mundos, la artesanía que siempre va a tientas en la oscuridad. Porque en gran medida, el DIUC-IESCO se construyó en el día tras día de lo que cada persona que trabajó allí aportaba para iluminar los caminos sinuosos de este trayecto ético. Se trataba de velocidad y reflexión, de una capacidad de percibir ritmos donde sólo se escuchaba repetición, de incentivar discusiones colectivas permanentes sobre nuestro caminar, sobre el horizonte que nos convocaba a un proyecto común. Y las personas,

[...] este ha sido un factor importantísimo en la construcción de proyectos colectivos. Y aquí debo hacer un reconocimiento público: el equipo del DIUC-IESCO estuvo conformado invariablemente por los mejores investigadores dueños, además, de un decidido com-

promiso con el proyecto todo. He aquí una de las “almendras” de los logros alcanzados (entrevista a María Cristina Laverde, 2013, minuto 21).

Una mirada histórica de este proceso integral quizás nos permita comprender el modo como María Cristina y el DIUC-IESCO vivieron de manera inconforme una institucionalidad en medio de una serie de transformaciones de la política de producción de conocimiento en los órdenes nacional e internacional. ¿Qué aportó de novedad esta forma particular de investigación para pensar el país y los problemas sociales contemporáneos?

EL ORIGEN DEL DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

El DIUC se creó hacia 1985 en medio de dos coyunturas. Por una parte, la normativa de la Ley 80 de 1980 y, de otra, por las discusiones sobre universitología que en aquel entonces se adelantaban en el país, y en las cuales participó María Cristina. Habría que recordar que en los albores de los años ochenta muy pocas universidades tenían incorporada la investigación dentro de sus metas institucionales, con excepción de algunas oficiales y privadas para las que ya era una misión la producción de conocimiento.

Desde esta perspectiva sería válido afirmar que por lo menos desde la concepción de lo que debe ser la investigación en la Universidad, la preocupación académica que en ella subyace y una cierta visión de futuro anclada por las políticas que desde sus inicios se trazara, nuestra institución se anticipó a los dictados de la legislación relativa a la investigación (DIUC, 1998: 1-2).

Cuando María Cristina llegó a la Universidad Central, esta institución tenía quince años de fundada bajo una filosofía humanista, enciclopedista. Intelectuales como, entre otros, Antonio Uslar Pietri, Darcy Ribeiro, Leopoldo Zea, Otto Morales Benítez, Andrés Holguín (muchos de ellos amigos personales de Jorge Enrique Molina, rector de la Universidad en aquella época) estaban apoyando este proyecto universitario. Asimismo, y como integrantes de los órganos de dirección de la Central, hacían parte de la institución Álvaro Rojas de la Espriella, Jorge Eliécer Ruiz e Isaías Peña. Para quie-

nes la conocemos nos es fácil imaginar cómo una mujer joven de veintiséis años, socióloga, con un título de posgrado en universitología y una tesis sobre “La historia de la Universidad en el siglo XIX en Colombia” —más adelante, con una maestría en historia—, asumió la dirección de la investigación en la Universidad Central. En aquel entonces estos cargos típicamente correspondían a personas mayores y, en esa época, por lo general, a hombres. Sin embargo, no le tuvo miedo al encargo y confió en su temperamento luchador; confió en un horizonte que le conmovía, aunque acercarse a éste fuera un “tantear”, un ir un poco a ciegas. Así, luego de alguna experiencia docente en el programa de Contaduría y en la revista *Hojas Universitarias* de la Universidad Central, la tejedora empezó en una pequeña oficina a convocar voces, a buscar aliados y soñadores, en el que se convertiría en uno de sus proyectos profesionales vitales más importantes: el DIUC. Así, contactó a quienes conoció en el Seminario Permanente de Universitología: el padre Alfonso Borrero S. J., Guillermo Hoyos, Guillermo Páramo, Luis Enrique Orozco... De ellos recibiría un apoyo importante en su tarea titánica: abrir y generar las condiciones para la investigación en una institución fundamentalmente profesionalizante y con estudiantes, en su mayoría, de jornada nocturna. De hecho, uno de los primeros proyectos que en aquél entonces desarrolló fue “Condiciones para la investigación en la Universidad nocturna”².

Vino luego un primer programa de investigación en la Facultad de Contaduría Pública, por entonces la unidad académica estrella de la Universidad: reconstruir la historia de la disciplina contable y de la profesión a lo largo del siglo XX, y hacerlo en torno a la ejecución de seis proyectos en manos de un equipo multidisciplinar conformado por contadores, abogados, antropólogos, psicólogos y sociólogos que, en fructífero diálogo, trabajaron a lo largo de dos años. Sus resultados dieron origen al libro *Historia de la contaduría pública en Colombia. Siglo XX* (Cubides *et ál.*, 1991), que, hasta hoy, es de lectura obligada para los estudiantes de esta profesión. Más adelante, vendrían los proyectos de otras facultades. Así, por ejemplo, desde el DIUC se acompañó durante varios años la formulación y ejecución de varios proyectos de investigación de administración de empresas, economía, edumática y música, como forma de fortalecer una perspectiva investigativa en



Zingaras, óleo sobre tela, 1919 | 100 x 118 cm

RAFAEL BARRADAS | NO. INVENTARIO: 1603, COLECCIÓN MUSEO NACIONAL DE ARTES VISUALES (URUGUAY)

estas carreras. En aquel entonces, el DIUC contó con la presencia de dos subdirectores que fueron fundamentales para su puesta en marcha y de la investigación en la Universidad: Humberto Cubides y Carlos Valderrama.

No obstante lo anterior, la constitución formal de lo que fuera luego el DIUC se produjo hacia 1989 en el marco de la conmemoración de los 500 años de un acontecimiento: la llamada *Conquista de América* por Europa; el encuentro —o desencuentro— de dos mundos. Cuatro proyectos —génesis de tres posteriores y pujantes líneas de investigación del entonces DIUC y luego del IESCO— se formularon desde los nichos de igual número de equipos de investigación, atravesados por la búsqueda de respuestas a lo que en verdad constituía las identidades culturales propias de socie-

dades como la nuestra. Fueron los primeros peldaños de una ruta que empezaría a dotar de particular fisonomía a este novedoso espacio para la construcción de conocimiento: “Literatura de la violencia”; “Cine e identidades”; “Modernización y familias bogotanas, 1880-1930”; y “Familias, subjetivación y violencia”.

¿Qué se podía decir, ver y sentir en 1992 sobre la subordinación, la resistencia y la libertad? Mucho, por supuesto. Nada era en vano, no había que lamentar ninguna pérdida, y el conocimiento podía ser algo más que un insumo del gobernante. Se podía embarcar en el viaje de una ciencia nómada. Y las apuestas y el temperamento vital de María Cristina arrojarían esa barca al mar abierto. Así, el empeño que se materializó en el DIUC intentaba dejar de decir: “Me convierto en

experto del Estado, formando comisión tras comisión”. La palabra *comisión* es sintomática al respecto: sus significados remiten a la “ley”, la “autoridad”, la “facultad”, el “negocio”, el “porcentaje”, la “venta”, la “orden” y la “corporación”. La figura del comisionado está entre el alguacil y el rentista, inmerso en un juego de palabras que, en combinaciones distintas, componen el tejido neoliberal. Dejar de decir “me arrepiento de lo que vi”, para decir que existían otras maneras de ver. Seguía siendo posible hacer ver otras cosas: los géneros, los cuerpos, la violencia, los jóvenes, las imágenes en interfaz, las nuevas individuaciones...

Pero ese hacer ver no es porque la autoridad de la crítica debele cosas. Aquel que muestra, enseña o explica. No. La luz, la luminosidad está en las cosas, como dice Deleuze. En el mundo y no en el ojo. En las personas y no en la lucidez del intelectual. Y evitaba regocijarse entonces en el déficit, dejar finalmente de decir que “a Colombia y a América Latina le ‘faltan’ cosas”, que “ya llegará la democracia”, que “hay que acabar de desarrollarse”. Más bien, a partir de una crítica de las distintas formas de dominación en la familia, la escuela, la calle, los medios y las tecnologías, mirar lo que existe en su plenitud. Alegrarse por el futuro que viene si somos capaces de desplazarnos de nuestros prejuicios. Darse la alegría de una mirada afirmativa que rompa el cerco de la culpa y la autocompasión sobre nuestro continente.

La década final del siglo XX nos enfrentó a lo que en ese momento se llamó *interdisciplinariedad*. Más allá de la discusión institucional y epistemológica sobre su viabilidad y posibilidad, de lo que se escribió mucho en su momento en diversas instancias de política educativa y de ciencia y tecnología en el país, la interdisciplinariedad permitió en el DIUC la conversación entre distintas procedencias. Entender la realidad, entonces, se convirtió en algo que excedía los dilemas de la conciencia. “Entender”, dice Nietzsche en *La ciencia jovial*, “sólo es un cierto comportamiento de los instintos entre sí” (2009: 769). Este diálogo de procedencias puso en el centro una cuestión: la verdad. Pero ahora, era una verdad no científica, pues obedecía a combates del cuerpo y no de ideas. No se trataba de la verdad producto de un conocimiento o de un sujeto esencial, terminado o producto de condiciones económicas. Más bien, se trataba de una práctica investigativa, que como práctica social

nómada fue haciendo emerger objetos, problemas. Se trataba de dejar de repetir el hábito de decir “yo”. La verdad, según mostró ese encuentro de divergencias, está fragmentada en un número infinito de pedazos. Cada parte es distinta de la otra. No todos los pedazos valen lo mismo, aunque tengan resonancias, pues están sometidos y apropiados por fuerzas. Por eso no son las partes de un rompecabezas: no hay un arquitecto capaz de ensamblar su unidad, y María Cristina tampoco se lo propuso. La academia no era entonces el universo dentro del mundo. Más bien era un espacio para crear mundos. Si se desea armar la unidad, hay piezas que no cuadran y, mejor aún, las piezas son irreductibles entre sí. Esto no quiere decir, como quiere el consumidor y el narciso, que mi verdad sea la verdad.

En ese ambiente se formaron nuevos investigadores y se diseminaron más que salidas o soluciones, preguntas y dilemas. Y algo más complejo: problemas. Lo más complicado era poder plantear problemas en un medio donde la academia estaba acostumbrada a ofrecer fórmulas o respuestas; mediciones y condenas morales hacia los otros y hacia nosotros mismos. El punto aquí ya no era sólo la verificación de una hipótesis, sino la construcción de objetos de estudio y, sobre todo, el intento de construir un problema como si se estuvieran construyendo mundos. El nihilismo, entonces, gran dilema de nuestro presente, no era susceptible de ser resuelto en la mente del científico. Era un dilema incrustado en las fibras morales de la sociedad, por lo que pensar requería conectarse con fuerzas extrauniversitarias. Y aquí es donde el conocimiento se acercó a eso que estaba intentando pensar: la novedad. “Plantear el problema”, dice Deleuze, “no es simplemente descubrir, es inventar. El descubrimiento atañe a lo que ya existe actual o virtualmente: era, pues, seguro que tarde o temprano tenía que llegar” (1987: 12). Fabricar, entonces, problemas y no fórmulas desarrollistas o cálculos tecnocráticos. ¿*Armchair revolutionaries*? ¿Almas bellas? En lo absoluto. Creemos con Deleuze que

[...] los problemas, cuando alcanzan el grado de *positividad* que les es propio, y cuando la diferencia se convierte en el objeto de una afirmación correspondiente, liberan una potencia de agresión y de selección que destruye el alma bella, destituyéndola de su identidad misma y quebrantando su buena voluntad (2002: 17).

Era necesario entonces a la par de la construcción de objetos de estudio, ir instituyendo prácticas escriturales sobre los procesos de conocimiento. Como parte del compromiso como investigadores del Departamento, era importante escribir periódicamente artículos que recogieran los avances de las investigaciones en la revista *NÓMADAS*³ o en otras revistas nacionales e internacionales; que se participara en eventos convocados por el DIUC o por otras instituciones; que se publicaran los resultados finales de las investigaciones, para esto último, de hecho, se creó una serie editorial. Así se fue construyendo una atmósfera formativa de intensa escritura y discusión pública, una cultura académica que acudía al principio de “aprender investigando” a la que se integraron tanto personas del Departamento, como profesores y estudiantes de la Universidad. De hecho, las distintas líneas del DIUC-IESCO invariablemente involucraron estudiantes homologantes de distintas carreras de la Universidad como auxiliares de investigación en los proyectos.

La relación con Colciencias⁴ fue fundamental para la puesta en marcha del DIUC, para su reconocimiento interno, nacional e internacional. Ante el silencio de muchos meses por parte de esta institución frente a varios proyectos de investigación presentados por el Departamento, María Cristina se reunió con el director de entonces, el subdirector, y con el coordinador del Área de Ciencias Sociales de la entidad. En esta reunión planteó abiertamente su desacuerdo con el manejo del fomento a la investigación otorgado a universidades que, como la Central, estaban iniciando el proceso y, de este modo, demandaban un mayor apoyo que, sin embargo, podría traducirse en la negación argumentada de los proyectos presentados si, a juicio de los jurados calificadores, resultaban no viables. Desde ese momento se rompió el silencio que caracterizaba la relación Colciencias-Universidad, y María Cristina propuso entonces la realización de encuentros con el equipo de investigadores para discutir los estudios que se adelantaban en el DIUC. Un movimiento atrevido, donde la artesanía era un ir y venir de puntos de referencia, para hacer nudos o para soltarlos. En este momento el nudo con Colciencias permitiría avanzar en varias de las políticas definidas en el DIUC.

Finalmente, a la par del comisionado y el rentista neoliberal, en la Colombia de principios de los años no-

venta emergió el constituyente. El año de 1991 marcó precisamente la época de la nueva Constitución. Esta instalaba una pregunta esencial, por supuesto: ¿cómo se constituye un pueblo en tanto que pueblo? Pero, sobre todo, una pregunta aún más importante que planteó Óscar Barragán en un número de *NÓMADAS*: ¿qué puede un pueblo? ¿De qué era capaz esa Colombia de 1991-1992? Lo que puede un pueblo estaba marcado en parte por el neoliberalismo y la constituyente. Pero también por un grito. Ese grito tuvo por supuesto una de sus mayores tonalidades en Spinoza, el maldito. Aquél que gritó no qué debo, sino qué puedo. Ese grito, al cual el DIUC sumó su voz, fue el que resquebrajó el orden señorial a lo largo del siglo XX en Colombia. Ese grito exclamaba: “Se puede vivir sin Estado, o mejor, se puede vivir sin ese tipo de Estado. Se puede devenir Estado en un proceso immanente y autoconstitutivo”. Ahora, se sumaba una nueva modulación a ese grito: “Se puede pensar sin Estado. Sin ser su servidor o consejero”. En el DIUC, entonces, se condensaron distintas fuerzas sociales que venían de tiempo atrás y desde distintos lugares que intentaban construir ciencias que no fueran tristes, sujetos que fueran menos dóciles.

UN DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES EN MEDIO DE UN PAÍS EN GUERRA, DE LA APERTURA ECONÓMICA Y UNA POLÍTICA NEOLIBERAL

En 1992, es cierto, Colombia era un país que simultáneamente se abría: a la Constituyente, a los mercados libres del mundo y a la guerra infinita y tecnificada contra las insurgencias. Así, el mismo día en que se iniciaba la apertura de la Asamblea Nacional Constituyente, esto es, la postulación del sujeto de derechos y su correlato como sujeto económico, el Ejército bombardeó Casa Verde, lugar histórico de la guerrilla de las FARC. En suma, la paz como guerra; la pacificación económica y legal como estado de guerra permanente donde el sospechoso era cualquiera. América Latina, entre tanto, vivía el cierre institucional de las dictaduras, la derrota de los sandinistas en las elecciones y una gran transformación del capitalismo: nuevas legislaciones, guerreros, mercancías circulando a través de unos circuitos aceitados por la guerra global contra la droga y la especulación financiera. Un capitalismo que al tiempo que excitaba



Torso femenino, talla directa en madera, 1942 | 103 x 29 x 27 cm
JUAN MANUEL SÁNCHEZ BARRANTES | COLECCIÓN MUSEO DE ARTE
COSTARRICENSE (COSTA RICA)

los nervios y pasiones de la gente, la sedaba a través de técnicas depresivas, perfilando aún más la depresión más dolorosa: la de la vitalidad. Todo esto abría innumerables preguntas: ¿quién era ahora el sujeto de esos derechos: el pueblo, la masa, el joven, la mujer, la multitud? Esto es, ¿quién tenía derecho al derecho? ¿Dónde ubicar el Sur y el Norte y cuáles eran sus alianzas y relaciones de dominación? ¿Dónde quedaba la anhelada nación e instituciones como la educación en ese nuevo mapa? Es decir, ¿cuál era la nueva geografía y relieve de lo que cómodamente llamamos *sociedades*? ¿Cómo se componía lo social? ¿Cómo el consumo de bienes e

imágenes alteraba los cuerpos y las conciencias? En últimas, ¿qué fuerzas capturaron al sujeto para domarlo y fascinarlo, y así darle un semblante específico?

La cuestión, por supuesto, era cómo plantear esas preguntas, a quiénes formulárselas. El asunto era si aún se quería hacer preguntas, o simplemente brindar resultados y datos para la gestión política. Diversas respuestas se otorgaron a estos interrogantes. En términos afectivos, la respuesta mayoritaria desde la Universidad colombiana tuvo tres líneas fuertes que marcaron su semblante: la tecnificación, la mutación del conocimiento en tecnocracia (utilidad); la de un saber arrepentido por lo que había dicho décadas atrás (vergüenza); el conocimiento melancólico que extrañaba lo perdido, lo que se fue, o se decepcionaba porque todo era vano (tristeza). Ahora bien, ¿era posible responder desde otros valores que se opusieran, como contra-fuerzas, a la tríada utilidad-vergüenza-tristeza?

Se dieron, por supuesto, respuestas minoritarias⁵. La de María Cristina y el grupo de trabajo del DIUC fue una. Esta labor partía de un presupuesto: era imposible dar cuenta de la complejidad del contexto desde miradas exclusivamente centradas en los campos disciplinares ya establecidos en las ciencias sociales y las humanidades. En 1994, en el documento presentado a Colciencias como fundamentación del proyecto investigativo del DIUC, se señalaba que “la generación de conocimiento debe procurar dar respuestas integrales a los problemas que plantea la sociedad colombiana, y que por tanto, la investigación ha de tener un carácter interdisciplinario” (Proyecto Investigativo de la Universidad Central Presentado a Colciencias, 3). La cuestión del diálogo entre disciplinas fue a su vez efecto de una larga pelea que se había dado desde mediados del siglo XX contra el positivismo científico. Esta pelea se articuló a partir del inicio de la Facultad de Sociología, en 1959, en la Universidad Nacional en Bogotá, y tuvo diversas rutas y conflictos. Lo que quizás se decantaba en el DIUC, y posteriormente en el IESCO, era una nueva manera de enfrentar el positivismo: pasar de la disputa del método (epistemología y metodologías) a una especie de ontología de la investigación, esto es, no sólo a una disputa entre escuelas metodológicas, sino a tendencias de pensamiento enfrentadas. Perspectivas, si lo decimos con Nietzsche.

¿Cómo proponerle esto a una universidad con las características que hemos mencionado? Intentando superar la respuesta disciplinar y la ausencia de una cultura académica investigativa, el proceso de generación de condiciones de investigación en la Universidad se apoyó en lo que en 1996 se denominó como la “promoción de la generación de proyectos” (Laverde, 1996: 2), basada en la motivación y acompañamiento a docentes de la Universidad, pero también, abierta a investigadores externos, en la formulación de proyectos de investigación, en su diseño financiero, en la conformación de equipos donde se incorporaban docentes y estudiantes de la Universidad y en la búsqueda de fuentes de cofinanciación externa. Para María Cristina era fundamental asegurar que la investigación que se realizara desde la Universidad fuera de excelente calidad. No había excusa para la mediocridad. Sin embargo, el DIUC en aquél tiempo enfrentó la “paradoja de la no inserción”. En 1998, decía:

No hemos logrado aún insertarnos en la vida académica de nuestra Universidad, a pesar de mil y una propuestas y estrategias construidas conjuntamente hasta hace algún tiempo con los centros de investigación... a pesar de tantas búsquedas, el DIUC no ha alcanzado la meta de lograr que la investigación medule a la academia y como práctica científica fluya de facultades y posgrados (DIUC, 1998: 6).

Todo esto en medio de la “ausencia de una cultura institucional y de una actitud positiva frente a la generación de conocimientos” (Laverde, 1996: 8). Para 1996, el DIUC sólo contaba con muy pocos investigadores de planta. “[...] la inversión en investigación, aún reducida, es vista como gasto” (Laverde, 1996: 8). No obstante, María Cristina no daba su brazo a torcer; como buena artesana, sabía que era necesario no aflojar en el empeño, así, a pesar de las difíciles condiciones institucionales, el DIUC recibió por parte del proyecto BID-Colciencias II en 1997, el reconocimiento como centro modelo de gestión investigativa en el país (DIUC, 1998). Este reconocimiento sin duda abriría nuevas posibilidades y visibilidades a este proyecto y le daría un nuevo impulso a su artesanía. Y cada nuevo impulso llevaba a una nueva sinfonía. Así, luego de la experiencia ganada con los libros producto de las investigaciones y seminarios internacionales, visibles en sus distintas series editoriales⁶, María Cristina jalonó otro

proyecto con el que logró convocar nuevas alianzas, un proyecto cargado de amor y vitalidad: la revista *NÓMADAS*, cuyo primer número se publicó en septiembre de 1994, diez años después de formalizada la creación del Departamento. Era hora de que este cuerpo escribiera.

UNA INSCRIPCIÓN PARA LOS CAMINANTES ETERNOS: *NÓMADAS*

Como revista, *NÓMADAS* se fugó de las convenciones de producción científica en el país: fruto de los desarrollos de cada línea, de un debate entre las líneas de investigación en torno a cada número monográfico, se convirtió en una red de trabajo de colaboradores, amigos y evaluadores que se extendió por cuatro continentes. El cuidado con que María Cristina dirigía el proceso de cada número era conmovedor. Era capaz de sacudir y perturbar cualquier cansancio, cualquier rutina. Esmero y disciplina reflejados en cada palabra, página y pie de foto. En medio de las carreras de cada cierre de monográfico, ella, como la bella Dorothea de Bolaño, mantenía la singularidad de ese teclear de la mecanógrafa, tan rápido y particular que, sin imponerse, se acoplaba a lo que había, lo cuidaba y lo enriquecía. A partir de ese entusiasmo, amor y coraje con que ella armó, animó y defendió el proyecto de *NÓMADAS*, cada página de la revista se volvió un pliegue, un recodo repleto de afectos y personajes que habitó el archipiélago del mundo⁷.

El tejido de la revista siempre estuvo en movimiento, una travesía alegre que se templó en medio de varias tensiones. Por una parte, estaba el hilo de la creación de una cultura investigativa basada en la diseminación de procesos de creación de conocimiento, como una táctica pedagógica que contagiaría nuevos afectos e intereses con la investigación que se realizaba en el DIUC-IESCO. Nuestra artesana orquestaba la barca, y al tiempo que demandaba de las líneas permanecer en movimiento, se acogía amorosamente a las propuestas que éstas hacían para cada número, respetando sus diferencias y exigiendo lograr lo mejor de cada una. De otra parte, estaba el hilo de su objetivación en un proyecto cultural que no se inscribía en los códigos de la comercialización y el mercado, y que demostró que podía sostenerse.

El proyecto era ambicioso. Le apostó a la excelencia en los distintos órdenes y ello implicaba crecientes costos económicos. Fue entonces cuando, sin mayores niveles de conciencia, fuimos dando el paso hacia la constitución de una cierta y relativa empresa académico-cultural: queríamos, a más de la presencia vital de nuestros equipos, la participación de investigadores de punta de Colombia y de otros lugares del mundo... Queríamos la presencia de los mejores diseñadores e ilustradores gráficos, las mejores fotografías, el mejor papel, la mejor policromía para cada carátula. Todo suponía entonces costos económicos incrementados por nuestras demandas (Laverde, 2005: 8).

En nuestro medio, por aquél entonces resonaban con *NÓMADAS* otras revistas que aparecieron como proyectos culturales alternativos: *Número*, *Malpensante*, *Kinetoscopio*, entre otras. *NÓMADAS* compartía con éstas un espíritu crítico sobre los fenómenos más relevantes de nuestras sociedades, sin embargo, su carácter y origen académico-cultural le plantearía diversas cuestiones: ¿cómo difundir los hallazgos de la ciencia, sin trivializarla? ¿Cómo mantener un espacio de discusión científica y democrática donde convivieran diversas voces sobre los problemas sociales contemporáneos? ¿Cómo mantener el espíritu de una publicación autónoma y comprometida con el país, la Universidad, y así negociar, por ejemplo, su cofinanciación? María Cristina apostó por un “nomadismo que asumimos como ese transitar permanente en el que lo importante es el camino, el encuentro con el otro, ajeno a los imperativos de cualquier dogma, en tanto el andar del nómada es libertario” (Laverde, 2005: 8). *NÓMADAS* misma fue un punto de desanclaje, tal como la tejedora misma lo describía: “Invariablemente insisto en que *NÓMADAS* es parte de una travesía. De esta manera, no es punto de partida ni tampoco meta del programa de investigaciones que anima al IESCO” (Laverde, 2005: 3). Ningún puerto seguro, ni inicio ni fin, ni causa ni consecuencia: sólo proceso. Al igual que el tejido del DIUC-IESCO, la trama de *NÓMADAS* fue construyendo su propio rumbo, navegando a la deriva, rehaciéndose en cada número. Sin caer en la rentabilidad económica, en *NÓMADAS* también se marcó una independencia que no pasaba por el sufrimiento o la autodepresión: “Desde un comienzo, y a partir de convicciones diríamos éticas, rompimos con aquella concepción que asimila a científicos y misioneros: el trabajo intelectual vale y por tanto debe remunerarse” (Laverde, 1998: 8). Debe, en cierto

sentido, autovalorarse, dándose sus propias reglas aun en el circuito de producción de la cultura: éste era el riesgo para una revista como *NÓMADAS*, operando a la vez como revista académica y como revista cultural: “Jamás hemos creído que la difusión del conocimiento científico deba estar condenada al rudo papel periódico, a interminables columnas apenas mediadas por ocasionales y abigarrados subtítulos, a letras punto 8, etc.” (Laverde, 1998: 8).

El caso de las portadas e imágenes, que siempre han sido parte del cuerpo de la revista, es sintomático de este tanteo a ciegas pero consistente. En un medio adicto al texto, las imágenes de *NÓMADAS* conformaron un proyecto visual dirigido inicialmente por Santiago Mutis, quien con su apuesta estética le brindó buena parte de la singularidad a la publicación. Ya son cuarenta números de esta aventura editorial, dos números al año durante veinte años, diciendo: se puede no sólo pensar a partir de las imágenes, sino que se puede pensar en imágenes. Pero esta comprensión sobre lo visual también se fue construyendo, se fue apre(h)endiendo en el hacer de cada número. María Cristina, en uno de los primeros documentos que escribió para sustentar ante la Universidad la “propuesta de la revista *NÓMADAS*”, planteaba que su apuesta era “conciliar el rigor científico de la revista con elementos estéticos, que la conviertan en una revista importante y bella, de obligada y agradable lectura” (Laverde, s/f: 8-9). Once años después, esta primera idea sobre la relación entre la ciencia y la estética había alcanzado otra tonalidad. En un evento de Clacso donde se elegía la revista para ser impresa en el Cono Sur, ella afirmó:

[...] especialmente visible en *NÓMADAS*, emerge otro elemento constitutivo de su lenguaje: un singular concepto de lo estético que contribuye a que la revista encuentre en el arte —presente a través de la plástica o la fotografía que ilustra cada número; en su diseño, en sus carátulas— encuentre, repito, el recurso para la construcción de paratextos que, distantes de lo literal, adquieren vida propia y entonces, autonomía para construir sus propias narrativas, desde aquellas lógicas que le pertenecen. Desde esta postura, en libertad emerge “el esteticismo frutivo” que permite el goce ante lo fáctico, lo nuevo, lo imprevisible (2005: 11).

Así, lo que en principio era una apuesta por la posibilidad de que la ciencia estuviera acompañada de

elementos estéticos, luego de una década de “hacer”, de artesanía, se materializó en una forma de comprender la producción de conocimiento. El diseño de *NÓMADAS* hace parte constitutiva de su lenguaje, del “encuentro de la ética, la estética y el conocimiento”, diría María Cristina, donde textos e imágenes dialogan y se interpelan: “[...] cumpliendo los compromisos que emanan de la ciencia, aproximándose sin timidez al mundo de lo bello y entregando y confrontando resultados investigativos” (2005: 5).

Las dos décadas dibujadas a través de *NÓMADAS* dan cuenta de cómo la estética y la ética se cruzan en la producción de conocimiento. Texto e imagen que ayudaron a pintar el rostro de una época, y la fisonomía del sujeto que estaba por venir. En *NÓMADAS* se han dado cita muchas de las voces y vidas fuertes, coloridas y dulces de Europa, Norteamérica y América Latina, escribiendo o siendo escritas por otros: aquí han aparecido Eric Alliez y Antonio Negri, Alain Badiou y Michel Maffesoli, cuando la cansada Europa vociferaba el fin del comunismo, o la sequía de la alegría. Arte y filosofía, política y sociología se anudaron en *NÓMADAS* en un sinnúmero de encuentros y desencuentros a través de escritos de Ana María Fernández y Giuseppe Cocco, Gabriel Restrepo, Arturo Escobar y Edward Said, como fuerza creativa de un margen que recordaba que la modernidad era sólo un instante, que lo salvaje aún no había llegado, y que no hemos visto nada aún, como ya lo dijeron del otro lado del Atlántico. Grandes autores aparecían al lado de voces nuevas e insurgentes en la sección Nuevos Nómadas en busca de nombres comunes. Así, a *NÓMADAS* la fue abrigando un entramado de aliados, amigos, diversas voces desplegadas en Colombia y en el mundo que se fueron enamorando y comprometiendo con la revista, con su andar eterno y libertario. Redes que cuidaba y mantenía María Cristina un día tras otro, sin descanso, con el orgullo y la humildad de quien sabía que se trataba de un proceso inacabado, aventurero.

NÓMADAS hace parte del archivo de las ambiguas relaciones entre conocimiento y sociedad en un siglo que merece todavía ser pensado. Es la crónica de diversos tipos de racionalidades, y en sus cuarenta números, se recrean de modo crítico el momento en el cual la sociedad se convierte en un objeto, susceptible de ser

pensado, medido, delimitado y apresado por un modo de conocimiento: la ciencia. Cabe recordar que al contar la historia de su objeto (la ciencia, sus métodos, sus técnicas), el sujeto que escribe cuenta, asimismo, su propia historia. Es, en últimas, el retrato de su personaje: el creador de objetos. Por *NÓMADAS* transitaban también creadores de ilusiones, fabuladores que cesaron de suplicar por el bálsamo de la curación, que evitaron la seducción del narcótico del poder. Están allí los artículos de Alberto Toscano, Stephen Zepke y Peter Sloterdijk, Mónica Cragolini y Ernesto Hernández, para recordarnos que el mundo es lo que viene, no lo que dejó de ser. Textos capaces de pensar las políticas del sujeto y no sólo la gestión del gobierno, y hábiles en convertir la conciencia en uno de los tejidos posibles, entre otros: la conciencia es una imagen más, de todas las posibles imágenes de mundo que somos capaces de crear. ¿Y el sujeto? Una interfaz, una compleja aleación de carne (carbono) y transmisores (silicio). Por *NÓMADAS* se tensaron las verdades ciudadanas, escolares y públicas; se arremetió contra el sojuzgamiento sobre poblaciones enteras. La gente que pasó por *NÓMADAS* no pretendía revelar la verdad, o proclamarla. *NÓMADAS* es un universo pragmático: “*The truth is in the making*”.

También están los textos de Jesús Martín-Barbero, Bruno Bosteels, Ramón Grosfoguel, Rossana Reguillo, Guillermo Orozco, Carles Feixa y Hermann Herlinghaus, para no olvidar que el desencuentro no es sólo de Europa con América Latina, sino de América Latina con Europa: el hilo va y viene, tejiendo mundos que no comienzan sino que están allí para enlazar y separar cosas de ida, y que han dado la vuelta. En *NÓMADAS*, el destiempo y el anacronismo han sido lógicas, y no atavismos. Igual, están las evocaciones que se hicieron en la sección Procesos de Creación, una de las primeras apuestas en el país que hacía un reconocimiento a científicos de las ciencias sociales y a artistas vivos de Colombia y América Latina. La sección consentida de nuestra artesana, “cuyo propósito radica en mostrar pedagógicamente los intrínsecos de la creación desde el análisis de la vida y obra de un científico y de un artista, buscando desmitificar el acceso al conocimiento riguroso y a los espacios del arte” (Laverde, 2005: 5). Han pasado por allí los trabajos y trayectorias de Juan Carlos Portantiero y Orlando Fals Borda, Gui-

llo Hoyos, Magdalena León y Martha Lamas, Eva Giberti y Lola Cendales, Bernardo Salcedo y Édgar Garavito, entre muchos otros. Artistas de la plástica como Ana Mercedes Hoyos, Édgar Negret, Beatriz González, Enrique Grau, Débora Arango y el argentino Carlos Alonso hacen presencia en sus distintas ediciones, iluminando con sus obras las carátulas de la revista. Buena parte de estos escritos fue elaborada por María Cristina Laverde. Evocaciones siempre requeridas, donde es la sociedad la que se pone en juego y en discusión a través de estas historias de vida. La vida privada en *NÓMADAS*, entonces, es un absoluto afuera.

Los usos de *NÓMADAS* también dan cuenta de ese afuera. Gestores culturales, maestros, responsables de política han incorporado la *NÓMADAS* en sus programas. En el 2005 María Cristina recordaba que afuera de la Universidad, a pesar de algunas críticas sobre un cierto “tono posmoderno” y fuera de contexto para nuestra realidad, la revista continuaba invitando usos, ojos y manos.

En este recorrido, *NÓMADAS* se ha ido convirtiendo en nodo de una red de científicos sociales, de académicos, de líderes populares, de gestores culturales, de maestras y maestros, de instancias responsables del diseño de políticas públicas en distintos campos de la vida social. Sí, *NÓMADAS* ha devenido en eje medular de una red que se viene tejiendo a lo largo de sus once años de existencia, desplegados en sus 23 ediciones (Laverde, 2005: 5).

Mantener la independencia que impone la ciencia y la producción de pensamiento crítico, y, simultáneamente, buscar el apoyo de diversas instituciones o empresas para ayudar a su financiamiento, fue uno de los retos y tensiones más fuertes para el telar *consentido* de María Cristina. El apoyo institucional con el que siempre contó la revista era necesario pero insuficiente, así que, a pesar de las dificultades iniciales de entrar en un mundo y unas lógicas hasta entonces desconocidas para ella, logró que otras entidades, quizás por sus misiones institucionales, se interesaran en la revista y su proyecto académico, universitario e investigativo. Este es el caso de la alianza que logró establecer con Compensar, entidad que desde el sector privado ha apoyado el proyecto académico del DIUC-IESCO: tanto a *NÓMADAS* desde su sexta edición, así como diversos eventos

nacionales y seminarios internacionales. No obstante el pronto y creciente reconocimiento externo, el incremento del número de ejemplares, la reimpresión de monográficos agotados, la amplia citación en diversas bases bibliográficas y programas académicos nacionales e internacionales, *NÓMADAS* tuvo en este periodo momentos críticos debido a una lógica administrativa que pedía constantemente cuentas por su rentabilidad y por sus costos.

NÓMADAS ha sido la meseta más querida de las mil a las que nuestra artesana invitó a los lectores, para recorrer, junto con el equipo del DIUC-IESCO y la red de amigos, un espacio donde se corrieron cercos afectivos y disciplinares, personales. Desde *NÓMADAS* se invitó a los lectores al borde del abismo del pensamiento, sin miedo ni sufrimiento. Quienes poblaron esa meseta de vez en cuando, saben de los aceleres y la mística requerida para lograr la trama y la urdimbre que ha cruzado esta aventura editorial, para templar y destemplar el hilo de la vida. Esta publicación (*NÓMADAS*), entonces, se convirtió no sólo en carta de presentación, en el sello de la artesanía investigativa del DIUC-IESCO, en el espacio de (des)encuentro y discusión de las líneas y en un repositorio bibliográfico especializado en la investigación social crítica, sino también en un escenario que se abrió amorosamente a jóvenes investigadores y a estudiantes de los programas de formación posgradual. Su inscripción es ya un acontecimiento que se disemina y actualiza en múltiples direcciones, gracias a los caminantes eternos que cálidamente la acogen, tanto aquellos con nombre propio, como aquellos sin rostro y anónimos que encuentran en *NÓMADAS* “pistas para comprender y transformar el mundo que les tocó vivir, para convertirse en protagonistas de su propia historia” (Laverde, 2005: 13).

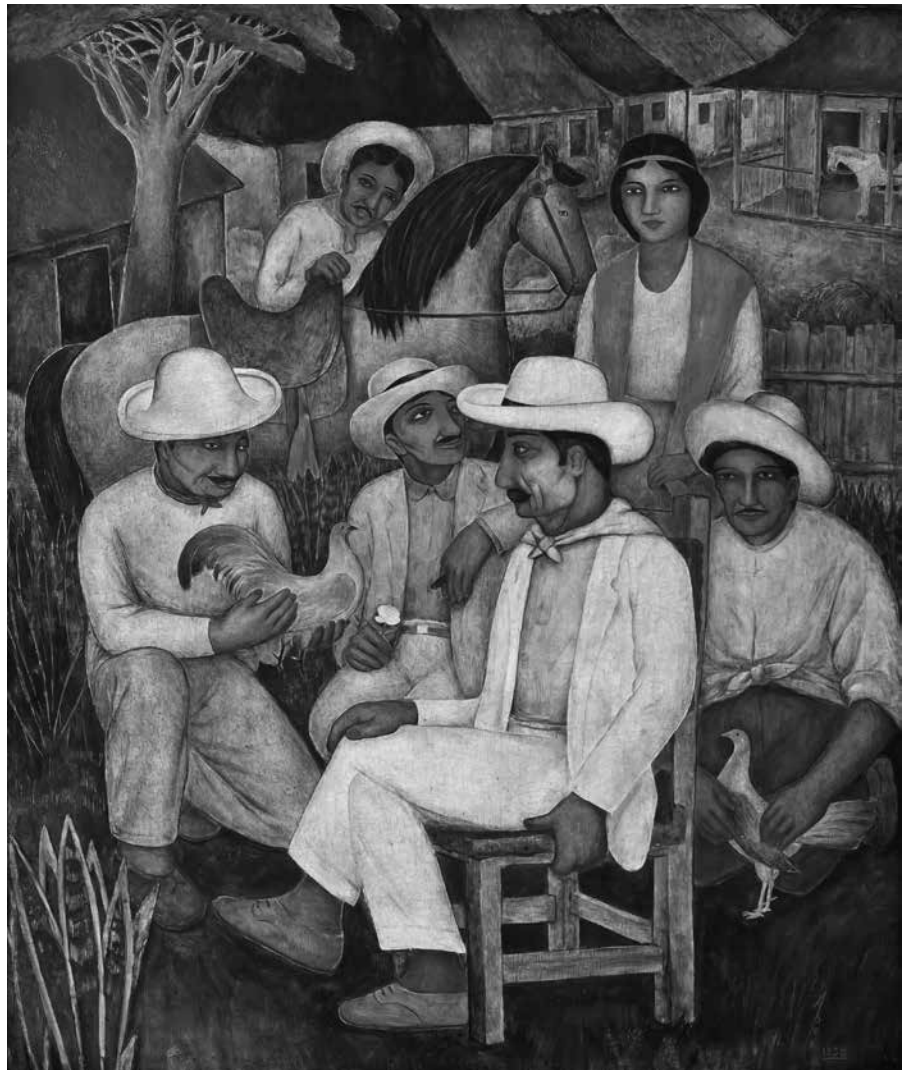
LAS LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN, UN HORIZONTE CRÍTICO, DISONANTE Y COMPARTIDO

Varios cambios institucionales y de la política de ciencia y tecnología en el país fueron contexto y horizonte de negociación para el DIUC-IESCO⁸. Como lo mencionamos antes, en los años noventa, Colombia estrena una nueva carta constitucional de la mano de una

transformación económica, de la “apertura”, que implicará el *aggiornamento* a un modelo económico neoliberal explícito y de apertura de fondo. A este proceso también se incorporarán en las siguientes décadas las universidades, bajo una transformación radical de las políticas educativas y de una lógica empresarial que exigirá en el orden global, sobre todo, productos, patentes y *rankings* que puntúen exitosamente en las cuentas cuantitativas.

Sin embargo, dicho proceso paradójicamente fomentaba también la investigación como base de la innovación. En el caso del DIUC, este proceso no partió de la imposición o definición previa de líneas de investigación, ni de parte de la institución, ni de parte de María Cristina. Pero, ¿cómo generar una cultura de la investigación en una universidad organizada alrededor de una función básicamente profesionalizante? A pesar del árido terreno institucional, María Cristina puso en juego su capacidad de anticiparse y de leer en toda esta transformación de la normativa educativa y de la ciencia y la tecnología en el país, una oportunidad para impulsar un proyecto novedoso en la Universidad. Asimismo, se apoyó en un equipo administrativo conformado por un grupo de secretarías y un coordinador administrativo⁹. Ellos, no sólo conocían el proyecto, sino que estaban también comprometidos con éste. Ella sabía que la división entre la academia y la administración era uno de los problemas que tenía la puesta en marcha de la cultura investigativa en la Universidad. Se trataba de un diálogo de sordos. De ahí que en el Departamento insistiera en que las personas del campo administrativo progresivamente fueran haciendo parte de las discusiones académicas de éste.

Los proyectos dieron paso a las líneas. Diversos académicos provenientes de diferentes campos disciplinares,



Guajiros, óleo sobre tela, 1938 | 84 x 71,5 cm

EDUARDO ABELA | PÁGINA 108, COLECCIÓN MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES (CUBA)

FOTO: DAVID RODRÍGUEZ

desde la psicología, la economía, la filosofía, la sociología, la antropología, la comunicación, fueron llegando al Departamento: Mónica Zuleta, Gisela Daza, Alberto Maldonado, Miguel Ángel Urrego, Germán Muñoz y José Fernando Serrano conformaron los primeros grupos de investigadores con líneas. Posteriormente, Humberto Cubides y Carlos Valderrama dejarían sus cargos como subdirectores para asumir una línea de investigación. Ciertamente, con muy diversa trayectoria académica, pero quizás con una marca que fue expandiéndose en el Departamento y que María Cristina cuidaba muy bien a la hora de invitarlos a hacer parte del proyecto: ninguno de ellos profesaba una relación “disciplinar” con su campo de estudio, por el contrario, todos, a su manera, cuestionaban las ciencias sociales

tradicionales y sus métodos. Eran críticos de las ciencias sociales positivistas que aún permanecían en el ambiente académico del mundo y del país y, por ello, algunos habían salido de otros centros universitarios.

El tejido que ella hiló fue la partitura para esa melodía consistente y disonante, imperfecta pero afirmativa: un teclear que acompasaba un entorno de disparidades. Esta afinidad u horizonte crítico compartido con las líneas tenía ya historia en su vida. En su formación secundaria con religiosas que trabajaban desde la teología de la liberación y su trabajo en barrios populares de Bogotá; en su actividad como estudiante de pregrado en sociología, en resonancia con el movimiento estudiantil que recorría el mundo luego de Mayo del 68. Junto con ella, en los años setenta, en la Universidad Santo Tomás, fueron expulsados Germán Rey, Consuelo Uribe, Renán Silva, Miguel Torres, entre muchos. Pero esto no la detuvo. Viajó a Medellín y continuó su carrera durante algo más de dos años y allí, desde la Universidad y desde los grupos de estudio que conformaron, experimentó, a su juicio, verdaderos quiebres, rupturas en sus maneras de entender y de estar en el mundo.

Crecí en una familia tradicional católica donde, sin fanatismos pero con decididas convicciones, reconocían la presencia de un dios creador, dueño de la vida y la muerte de todos los mortales. A pesar de tener como madre a una aguerrida y maravillosa mujer, inteligente y amorosa, las abuelas y tías pesaban como nítidos exponentes de la mujer subordinada del patriarcado, desde esa condición naturalizada por la cultura. Era parte de una sociedad donde la existencia de abismales inequidades entre ricos y pobres —que pude palpar en mis visitas regulares a barrios paupérrimos en mis años de colegiala— se explica entonces por azares del destino, por ineptitudes de algunos y hasta por designios superiores que así, consideraban, se debían aceptar. Y me sumerjo en lecturas y debates donde, ante mi mirada perturbada, irrumpen Darwin y sus fundamentos evolucionistas; de Beauvoir y Woolf con profundos cuestionamientos desde el feminismo; el marxismo y sus rotundas y antagónicas propuestas de comprensión de lo social. El psicoanálisis que, de frente, nos devela el inconsciente y otorga nuevas dimensiones a la cultura... Todo provoca en mí, no fisuras, sino verdaderos quiebres; estallan esos paradigmas que, hasta ese momento, daban cuenta de todo... Por esto aún no entiendo, cómo salimos vivos de semejante trance... Hoy, ciertamente, son sólo anacrónicas herencias, pero en su momento marcaron nuevas rutas que, de alguna manera, me hicieron diferente; afi-

naron en mí una incuestionable postura crítica ante el mundo y sus procesos distintos y una férrea voluntad de transformación de aquellos escenarios que fueran parte de mi andar por la vida (entrevista a María Cristina La-verde, 2013, minuto 35).

Tras su fervorosa militancia en el movimiento estudiantil, su madre la cuestionaba señalándola de “atea, cismática, excomulgada... y comunista”. Y, así, continuó su camino hasta terminar los estudios de sociología en la Universidad de La Salle, con una tesis sobre la “Imagen de la mujer en la prensa colombiana”. Recién iniciaba su amistad con Jesús Martín-Barbero y con Elvira Maldonado, su esposa; en buena medida, él fue responsable de la selección del tema de esa juiciosa investigación que tantas puertas le abrió.

De ahí que esta artesanía empezó a tener un color particular: el equipo de investigadores compartía una “perspectiva crítica” aunque ciertamente con diferencias marcadas entre cada uno de sus miembros. Sería equívoco decir que todos tenían los mismos enfoques, sin embargo, compartían una lectura crítica sobre el país y Latinoamérica: sobre la dualidad modernidad-posmodernidad y la manera como el Estado-nación en América Latina había sido un proceso complejo que había terminado produciendo Estados débiles y excluyentes en términos políticos, económicos y culturales. Así, podríamos decir que el objeto de conocimiento del DIUC-IESCO generó incomodidades porque le apostó a mostrar que uno hace parte del problema que estudia y, de este modo, se fue construyendo por una voluntad común: evidenciar la dominación y la manera como ésta se manifiesta en distintos ámbitos sociales contemporáneos. Pero ello, no para mostrar solamente las diversas formas de poder, sino para construir nuevos caminos afirmativos de libertad.

El arte era saber cómo conjugar esas diferencias “críticas”: y para eso estaba la artesana. Esta diversidad que para otros podría haber sido un problema, para María Cristina se convirtió en la mayor potencia del Departamento y, luego, del Instituto. Así, como buena tejedora, respaldó a cada línea en su apuesta y propuesta teórica, investigativa, pero al tiempo, exigía que cada una se “expusiera” a la crítica de sus colegas. La exposición más dura y cruda se daba en el interior del DIUC-IESCO en los llamados *seminarios internos*. Pero también

era importante la exposición hacia fuera, la crítica externa. Para ello, alrededor de cada proyecto-línea se organizaron seminarios internacionales donde se debatía con la comunidad académica de dentro y fuera del país los resultados de las investigaciones. En realidad, las líneas funcionaban como círculos, si seguimos la operación que Martí calca de Emerson, “como los círculos de una circunferencia, que se comprenden todos los unos a los otros, y entran y salen libremente sin que ninguno esté por encima de otro” (Emerson citado en Martí, 2004: 106).

Algunos investigadores contaban con una fuerte influencia del psicoanálisis, del (pos)marxismo, la filosofía deleuziana y foucaultiana; unos más, de los estudios culturales, la semiología, la teoría de la liberación, la educación-comunicación popular, los estudios de género, feminismos y masculinidades, por otro lado. Parte del recorrido personal de María Cristina da cuenta de estas fuerzas que confluían en la lucha contra el positivismo y su disciplinamiento. Al recordar esas herencias de las que antes hablara y que hoy parecen socialmente prohibidas, o anacrónicas por lo menos, como la teología de la liberación, el marxismo y el psicoanálisis, es claro que “salió viva” pero sin nostalgias ni desengaños. Continuar los hilos del tejido de la crítica fue la invitación y apuesta del colectivo del DIUC-IESCO.

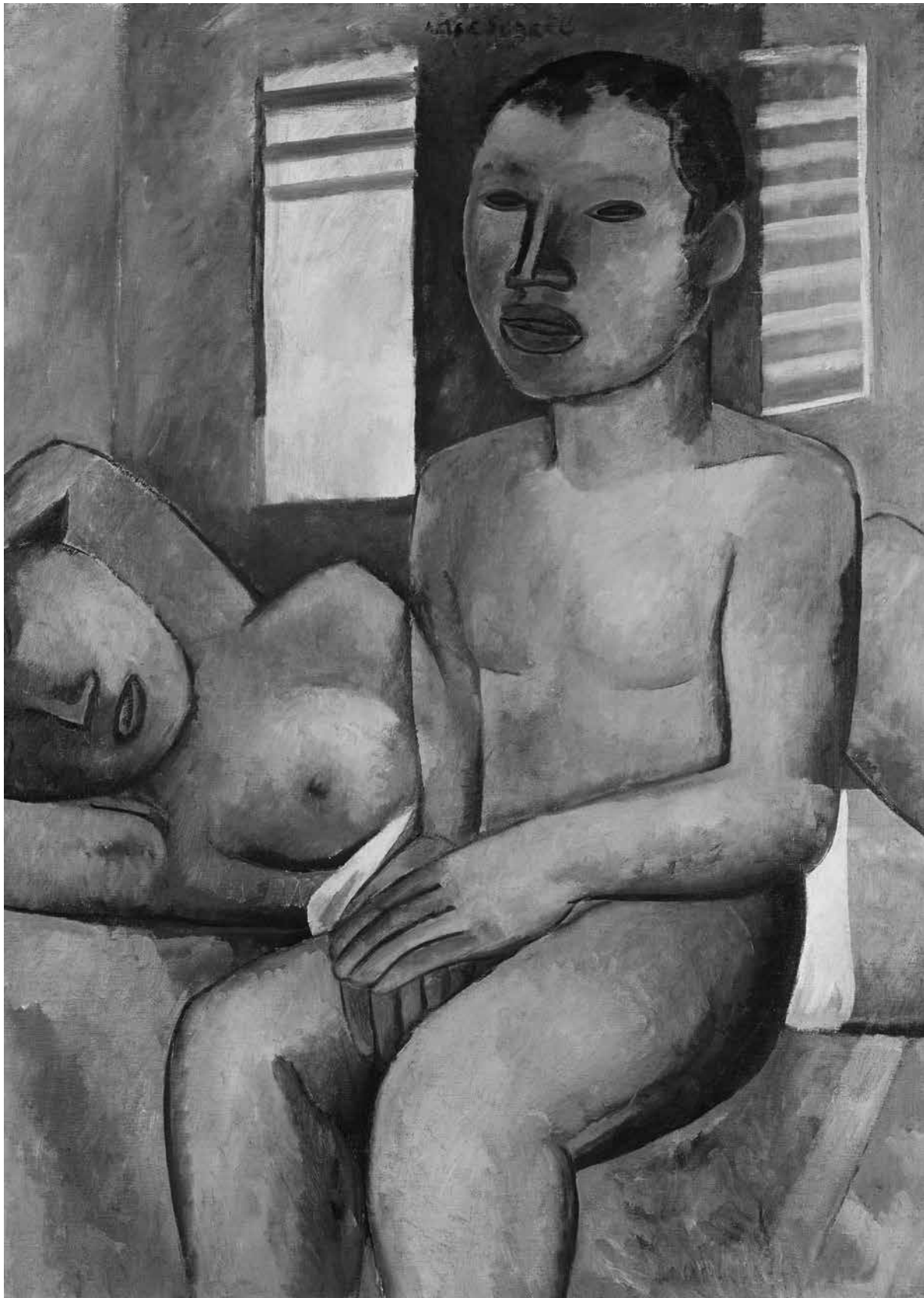
La pregunta por la identidad que acompañó los inicios formales del Departamento se mantuvo en buena medida en las diferentes reflexiones de las líneas y lo que se fue consolidando como la singularidad del DIUC-IESCO: el pensamiento crítico, entendido no sólo como la capacidad de criticar el pasado o el presente, sino de abrirse a nuevas posibilidades para comprender y otear el futuro, si seguimos la invitación de Mónica Zuleta: la pregunta por la identidad, entonces, no se refirió a su enunciación o visibilización, sino a aquello que no se pregunta, por las maneras como las prácticas coloniales se imbricaron y se propagaron en lo social, se manifestaron y se manifiestan en la cotidianidad y han producido alineamientos, pero también resistencias¹⁰. Luego vino la preocupación por la diferencia y la singularidad. Más que pensar en la dualidad víctimas-victimarios, el DIUC-IESCO orientó sus preguntas por las maneras como prácticas colonizadoras provenientes de cualquier lugar se graban en nuestros cuerpos y

nos consumen el alma. Así, sin enraizarse en lo disciplinar, ni reanimar el humanismo decimonónico o acudir a un método para encontrar la verdad, poco a poco fue creando líneas de investigación que operaban como hilos que se extendían, anudaban y entretejían con otros. De alguna manera, pensar y tejer se convirtieron en una práctica en el DIUC-IESCO.

Las líneas de investigación se crearon sin criterios de subordinación, se favorecieron prácticas pluralistas para articular la diferencia no a pesar sino a partir de los nudos: las fisuras, por fuertes que fueran, no impedían que las líneas se siguieran alargando. Estas acciones dieron lugar a un tipo incluyente de productos, efecto del trabajo en grupo (por ejemplo, la formulación de la Maestría en Investigación en Problemas Sociales Contemporáneos tomó un año y medio de un equipo de trabajo conformado por representantes de diferentes líneas de pensamiento) y no de líneas de mando. Un trabajo de composición grupal que, de nuevo para decirlo con Mónica Zuleta, fue a la vez particular, a la vez general. Pero, para ello, se requería del temperamento de María Cristina y de un estilo de dirección horizontal alrededor de un Comité Académico que supuso transformar hábitos de jerarquía muy arraigados en nuestras costumbres; propiciar acuerdos, pero permitir la disidencia; proponer las reglas de trabajo en equipo, pero vigilar su endurecimiento; y mantener la autonomía investigativa en medio de políticas institucionales que estaban dirigidas fundamentalmente a la docencia.

EL TRÁNSITO AL INSTITUTO DE ESTUDIOS SOCIALES CONTEMPORÁNEOS

A principios de la primera década del presente siglo, la Universidad Central decidió acogerse a las nuevas exigencias institucionales que planteaban entidades como Colciencias y el Consejo Nacional de Acreditación (CNA), respecto a la investigación, estipulándolo de manera formal e institucional en su Proyecto Educativo Institucional (PEI): “Por una universidad del tercer milenio” (Universidad Central, 2001). La formalización del PEI se convirtió en el momento preciso para proponer un nuevo cambio que María Cristina esperaba, ayudaría ahora sí a consolidar esa artesanía de las condiciones de posibilidad de una investigación crítica que



Dois nus, óleo sobre tela, 1930 | 100 x 73 cm
LASAR SEGALL | COLECCIÓN MUSEO LASAR SEGALL - IBRAM/MINC (BRASIL)

desde veinte años atrás venía tejiendo, (im)pacientemente y con tesón. Este cambio consumiría hasta el último aliento y sería el momento cuando las negociaciones y concesiones que eran necesarias en este tejido, encontrarían su límite. Paradójicamente, cuando se dieron las condiciones legales e institucionales para consolidar una propuesta de investigación novedosa en las ciencias sociales; cuando se había logrado crear una cultura de la investigación; y cuando la retórica de las políticas educativas de educación superior en el país ponían la investigación como el centro de la actividad universitaria, el tejer de María Cristina enfrentó aquella selva oscura de la que hablara Bolaño. Justo cuando apostó por el cambio de Departamento a Instituto.

En ese momento era imposible negar que el DIUC se hubiera convertido en un centro de excelencia para la producción de conocimientos socialmente relevantes en ciencias sociales y humanas en Colombia, en diferentes países de América Latina, en algunos centros universitarios de Estados Unidos y en otros varios de distintos países de Europa. Las líneas de investigación, la revista *NÓMADAS*, las diferentes series de publicaciones, los seminarios internacionales, la Especialización en Comunicación-Educación con diez cohortes y la formulación de la Maestría en Investigación en Problemas Sociales Contemporáneos hablaban por sí mismos.

Todo este tejido investigación-formación-comunicación-publicaciones estaba anclado en la investigación desde sus comienzos. Seguir hablando de un Departamento era entonces inapropiado, ambiguo, pues su naturaleza y funciones no correspondían plenamente con la definición aceptada en aquel entonces de *Departamento*, basado en disciplinas¹¹ (DIUC, 2004: 7). El DIUC cumplía prioritariamente funciones de investigación y no esencialmente pedagógicas. O, dicho de otro modo, el desarrollo de su misión y, en particular, la formación, había tenido como carta de navegación un principio epistemológico central: la formación se concibe como un proceso necesariamente anclado en sólidas bases investigativas. “Por tanto se propone el tránsito a un Instituto en tanto éste responde a los posibles cruces entre ciencias, profesiones y disciplinas”¹² (DIUC, 2004: 8). El Instituto ofrecía así no sólo unas condiciones para continuar y darle aún mayor ímpetu al trabajo que desde siempre había realizado el Departamento,

sino, además, permitía atravesar la paradoja de la no inserción de la que hablamos líneas atrás.

A las funciones de generación de conocimiento, formación, comunicación e interacción social que caracterizaban al DIUC, se planteó darles un mayor vuelo “local” e “internacional”. Así, se propuso adelantar investigaciones y proyectos de pertinencia social para la ciudad de Bogotá; promocionar intercambios y pasantías —en las dos vías— con universidades y centros de investigación del país y del exterior que trabajaran temáticas investigativas y formativas afines a las desarrolladas en el Instituto; integrar redes de pares académicos en el nivel nacional e internacional; desarrollar y apoyar programas de maestría y doctorado; diversificar las políticas de comunicación y la creación de un Centro de Documentación, que posteriormente se denominaría Centro de Documentación Virginia Gutiérrez de Pineda y Roberto Pineda Giraldo, por la donación a la Universidad de la biblioteca de estos antropólogos colombianos. Asimismo, se adicionó la función de gestión, desde la cual el Instituto tendría la tarea de promover convenios, asesorías, consultorías, etcétera, con instituciones públicas y privadas, nacionales e internacionales, que pudieran coadyuvar con su misión, así como de colaboración en la consecución de recursos externos a la Universidad (DIUC, 2004).

El mundo, por supuesto, había cambiado. La tecnificación de las leyes globales y los acuerdos económicos para agilizar transacciones impactó irreversiblemente el semblante de las universidades: si antes conocer era verificar (hipótesis de investigación), ahora se trataba de validar (modelos sociales); si se ingresan las contraseñas requeridas, se obtiene un resultado positivo (más financiación y “prestigio” para los centros académicos). No resulta casual la homología entre el resquebrajamiento de las disciplinas académicas y el de las disciplinas sociales, para dar paso al reino del control que vislumbró Deleuze. De esta forma, Colciencias, que en un principio había abierto posibilidades para una investigación novedosa —el comienzo del DIUC da cuenta de ello—, sucumbió paulatinamente a los procedimientos de esa validación, trasladando exigencias y criterios de medición (*rankings*) del capital global a la Universidad; la medición infinita de la sociedad, sus poblaciones, seres y objetos se incorporó en la práctica diaria de la investi-

gación y, con ésta, emergió una nueva subjetividad: “Yo soy mi medida”, “yo soy”, dice el investigador, “lo que equivalgo”. Nueva situación frente a la cual están sometidos desde los organismos nacionales de dirección y control de la ciencia y la tecnología hasta las universidades y centros de investigación en el mundo entero.

En el 2004, el DIUC se transforma en el Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos de la Universidad Central, IESCO-UC. Este suceso junto con el lanzamiento de la Maestría en Investigación en Problemas Sociales Contemporáneos que ocurre dos años después, cierran el tiempo de artesanía de María Cristina Laverde Toscano en la Universidad Central. Constituyen, como lo decíamos antes, el máximo desarrollo que logró esa apuesta singular que hemos llamado *artesanía de las condiciones de posibilidad de la investigación crítica*. Un máximo punto donde el proyecto del IESCO tuvo que enfrentar un golpe mortal que venía produciéndose silenciosamente y al cual había respondido con negociaciones, concesiones con diversos actores dentro de la Universidad y fuera de ésta, pero, por encima de estas estrategias, manteniendo una invariable visión de la investigación crítica. Sin embargo, mantener esta apuesta no era fácil frente a los conflictivos patrones objetivos de la llamada *calidad, eficiencia y competitividad* que imponen las nuevas formas de producción de conocimiento. Una táctica fue aprovechar coyunturas de temáticas afines al IESCO que eran objeto de financiación externa para colar allí la posibilidad de pensar “lo impensable” y, al mismo tiempo, sostener ese espacio construido para el pensamiento crítico. Esta táctica permitía que el Instituto se inscribiera en dinámicas institucionales y nacionales de investigación, pero mantuviera a la vez su singularidad. En su discurso en Buenos Aires, a propósito de la publicación de *NÓMADAS*, versión Cono Sur, María Cristina decía:

Ante esta penosa realidad [refiriéndose al sistema de indexaciones] y desde los márgenes de la necesaria autonomía institucional que emerge de su postura ética, el IESCO y *NÓMADAS* han enfrentado creativamente estas demandas convirtiéndolas en factores que pueden contribuir al rigor de su producción científica, así como a la consolidación de las comunidades académicas e investigativas con las cuales ha construido alianzas (Laverde, 2005: 9).

Finalmente, en este momento, las posibilidades de negociación se restringieron y constriñeron al punto de la asfixia. La Universidad —en Colombia y en el mundo— empezó a adjetivarse y enunciarse con categorías que pertenecen al mundo y al modelo de la globalización capitalista en marcha y a su principio de eficiencia entendido en términos cuantitativos, que se traduce en reducción de costos y de recursos humanos. De esta manera, la búsqueda de competitividad, por encima de la crítica o de la apuesta social, se convirtió en propósito formativo en los programas académicos, en configuradora de escenarios y prácticas investigativas y, en general, en determinante de la producción de conocimiento. En este contexto, artesanías como la jalonada por el equipo del IESCO que invocan la autonomía y la crítica *sin condición* como la llamara Derrida (2002), deben enfrentarse a la lógica de la medición por resultados, estándares, créditos, indexaciones, acreditaciones, ganancias, que, aparentemente, impugnan una mejor calidad de la educación pero, ambiguamente, se alían con las lógicas del mercado del conocimiento. Así, la formación de nuevos profesionales también se ve afectada por esta lógica, ahora supeditada a los dictados de la competencia económica, de la valoración de recursos y de la mercantilización de servicios. La máquina, en su repetición, suple al artesano. Esto no implica una nostalgia por lo previo o una fobia a lo técnico: implica saber valorar en su justa medida la nueva correlación de fuerzas que se dio en aquel momento.

Mientras algunos entendían que el IESCO había alcanzado su meta con la creación del Instituto, María Cristina no lo veía así. Su espíritu nómada, inconforme, la impulsaba a seguir luchando por ampliar el equipo de profesores de planta, mantener los grupos de investigación y la revista indexados en la clasificación de Colciencias y en otras clasificaciones internacionales, consolidar y circular sus distintas series editoriales, ampliar los programas de formación posgradual en un nivel nacional e internacional, esto es, mantener y volar aún más con el proyecto DIUC-IESCO¹³. A pesar del apoyo que la Universidad siempre le dio a dicho proyecto, de manera paradójica, la corriente de la gestión empresarial educativa que ya había entrado al sistema educativo del país en todos los niveles, pedía cuentas de rentabilidad a las investigaciones y a los programas de formación. En este contexto, el conocimiento crítico se

convirtió en un objeto inútil a dicha lógica mercantil. En este choque de lógicas y perspectivas de conocimiento, para María Cristina no fue posible el diálogo, no fue posible conceder o negociar más. La artesanía que desconfía de las soluciones cortoplacistas, que se sustenta en la acción creadora y no mecánica, que se fundamenta en la riqueza que el cuerpo proporciona (no sólo el cuerpo individual sino el cuerpo colectivo), en la capacidad de trabajar colectivamente para definir de manera conjunta el destino de un proyecto como era el Instituto, en una artesanía que se comunica a otros para comprenderla mejor, se vio cercenada por las urgencias que exigen mostrar siempre un beneficio económico. El telar, finalmente, se rasgó.

María Cristina decidió irse. Consideró que debía hacerlo. Se vio obligada a ello. La capacidad de pensar lo impensable —dar lugar al acontecimiento— era hacerse

parte del acontecimiento, aceptando sus consecuencias. Era extraer lo mejor de cada cosa, hasta escuchar su música. Una artesanía construida como una aventura colectiva, de un hacer ético pero contingente y atravesado por relacionalidades situadas, por una lucha de fuerzas donde se jugaba a tejer y destejer un proyecto novedoso. Jugar, entonces, en un mundo académico dominado por la parquedad del nombre propio. Jugar, entonces, como juega el nómada con la tierra y sus objetos que, por cierto, no le pertenecen. Pero amar lo que acontece implica saber partir... “vosotros que encontráis razones para marchar a otros lugares”. Su lucha contra la uniformidad, su apuesta por promover la autonomía y sus sueños por espacios de invención y crítica no terminan aquí porque María Cristina seguirá inventando su camino. Deshilvanar parte de esta historia es sólo una forma de decir gracias, de sonreír ante un proyecto que asumió cada riesgo (im)posible. Y de hacer pensando...



NOTAS

¹ Se trata del mismo espacio de investigaciones. En el momento de su fundación en 1985 se denominó Departamento de Investigaciones de la Universidad Central (DIUC) y en el 2004 se convirtió en el Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos de la Universidad Central (IESCO-UC). Utilizamos las dos siglas en el texto dado que María Cristina fue la fundadora y directora en ambos momentos. Sólo en episodios específicos de la historia de este espacio y de sus transformaciones decisivas, acudiremos al nombre que en ese momento tenía. Este artículo da cuenta del tiempo en que se produjo esta artesanía, entre 1985 y el 2007, año en el que ella se retiró de la Universidad.

² Además de esta investigación, el DIUC desarrolló en el 2001 el “Diagnóstico de las condiciones para la investigación en la Universidad Central” por encargo de la Rectoría y del Comité de Investigaciones, con el cual “espera redefinir las políticas de investigación vigentes e identificar las estrategias, acciones e instrumentos necesarios para la institucionalización de esta práctica científica en nuestra Universidad; un recorrido que será fundamento del plan de desarrollo de la investigación que se formularía en los inicios del próximo año”. (Entrevista a María Cristina Laverde, 2013, minuto 52).

³ A propósito de *NÓMADAS*, el proyecto de esta revista, sus fundamentos, su formato, su estructura y sus secciones se encontraban listos —y aprobados por el rector Jorge Enrique Molina, quien apoyó las distintas iniciativas del Departamento— desde inicios de los años noventa, y como parte del proyecto integral del DIUC. No obstante, María Cristina tenía claro que ésta sólo saldría a la luz cuando los investigadores fueran dueños de esa “voz propia” que se logra en los hallazgos y cuestionamientos de la investigación. Por ello, su primer número sólo apareció hasta 1994.

⁴ Colciencias es el Departamento Administrativo de Ciencia, Tecnología e Innovación. Fue creado en 1968, en el período de reforma del Estado impulsada por el presidente Carlos Lleras Restrepo (1966-1970), bajo el nombre de Fondo Colombiano de Investigaciones Científicas y Proyectos Especiales “Francisco José de Caldas” (Colciencias) (Salazar, 2013). Es el organismo principal de la administración pública, rector del sector y del Sistema Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación (SNCTI) encargado de formular, orientar, dirigir, coordinar, ejecutar e implementar la política del Estado en la materia, en concordancia con los planes y programas de desarrollo del país.

⁵ Hubo distintas respuestas institucionales en los inicios de los años noventa, como el Instituto Pensar en la Universidad Javeriana. Es vital anotar que el contexto de emergencia del DIUC era rico y tenía una historia larga: desde la Escuela de Comunicación y de Historia en la Universidad del Valle con Jesús Martín-Barbero —mentor, apoyo y cómplice de tantas aventuras de la itinerancia del DIUC-IESCO— y Germán Colmenares, hasta las traducciones que Carlos Rincón hizo de Baudrillard, Benjamin, Habermas, Lyotard y Canguillem (algunas de éstas publicadas en la revista *Eco* en los años sesenta). En Colombia, a la par de esas traducciones realizadas por la editorial Siglo XXI de esa filosofía de la diferencia, hubo distintas traducciones al español de autores europeos como Gilles Deleuze, Michel Foucault desde diversas ciudades (Cali, Bogotá, Medellín), con personas clave como Palau, Ernesto Hernández y el grupo F Comunidad-Vampiro Pasivo. Por otro lado, están personas que han hecho parte de la diseminación de este pensamiento de la diferencia como Ramón Garzón y Víctor Florián, Bruno Mazzoldi, Consuelo Pabón y Edgar Garavito, amigo de María Cristina y a quien ella reemplazó en su clase de la Universidad Central cuando él se fue a estudiar a París con Deleuze.

⁶ Hasta el momento, el IESCO ha publicado: de la Serie Investigaciones: 21 libros; Serie Encuentros: 10; Serie Documentos de Trabajo: 8; Serie Otras Voces: 5.

⁷ Para este proyecto fue fundamental el trabajo que realizaron en diferentes periodos las coordinadoras de la revista, que comprendieron su sentido y apuesta, como tejedoras dándole consistencia al telar: Nelly Valbuena, Victoria González, Deyanira Tibaná y Ruth Pinilla. Igualmente, lo fué el diseño e ilustración de Santiago Mutis hasta la edición No. 29. En la misma forma, la corrección de estilo a cargo de Sonia Cárdenas inicialmente y de Edicsson Quitián durante los últimos años hasta hoy, dando la última imagen y legibilidad a los textos.

⁸ Dando cumplimiento a lo establecido por la Constitución Política de Colombia de 1991 (artículo 27) en el tema de autonomía educativa y generación de conocimiento de calidad, la Ley 115 de 1994 —Ley General de Educación— instituye, en su artículo 5, el acceso al conocimiento, la ciencia, la técnica y demás bienes y valores de la cultura, el fomento de la investigación y el estímulo a la creación artística en sus diferentes manifestaciones como algunos de los fines de la educación

superior. En este marco normativo, surge en 1995 el Sistema Nacional de Acreditación, cuya función es impulsar el mejoramiento de las instituciones y de la educación superior en general, a través, entre otros mecanismos, de la acreditación. Este es “el acto por el cual el Estado adopta y hace público el reconocimiento que los pares académicos hacen de la comprobación que efectúa una institución sobre la calidad de sus programas académicos, su organización y funcionamiento y el cumplimiento de su función social” (Acuerdo CESU 06 de 1995, artículo 1.a).

⁹ En este cargo estuvo inicialmente Ricardo Briceño, y Víctor Manuel Moreno durante los últimos doce años.

¹⁰ Retomamos aquí la intervención de Mónica Zuleta en el Foro Universidad y Ciencias Sociales Críticas, a propósito del homenaje de despedida a María Cristina Laverde Toscano, realizado en las instalaciones del Cinep en Bogotá, el 5 de julio del 2007.

¹¹ A saber: “[...] una unidad académica formada por profesores y estudiantes *de una determinada disciplina*, que tiene como principal objetivo la docencia en esa disciplina y que además realiza actividades de investigación y servicio. El Departamento tiene como funciones básicas: *desarrollar el cuerpo teórico de la disciplina*, consolidar y perfeccionar el método propio de generación de conocimiento y contribuir a la elaboración de una *pedagogía específica de la disciplina*” (Larrañaga, 2003: 5). Véase también Borrero (1992).

¹² “Una unidad académica cuya función central es la investigación en un ámbito o campo epistemológico en el que se conjugan varias ciencias y profesiones. Ese ámbito está relacionado con una temática determinada de la actividad social [...]. El tipo de servicios que se prestan en los institutos es frecuente que conduzca a la solución de problemas concretos, con respuestas que provengan de la *visión integrada de las ciencias y de las profesiones*” (Larrañaga, 2003: 6).

¹³ Meses antes de que María Cristina se viera obligada a retirarse del IESCO, junto con investigadores de la línea de Género (Carlos Iván García y Lya Yaneth Fuentes), venían trabajando en la propuesta de una nueva maestría, concebida desde el ámbito de la filosofía de la diferencia y las políticas públicas, un proyecto que entonces quedó trunco.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. BOLAÑO, Roberto, 2009, 2666, Nueva York, Vintage Español.
2. BORRERO, Alfonso S. J., 1992, “Conferencia XXII: Administración y estructuras académicas universitarias”, ponencia presentada en el Simposio Permanente sobre la Universidad, Bogotá.
3. CUBIDES, Humberto, Alberto Maldonado, Marco Machado, Fernando Visbal y Édgar Gracia, 1991, *Historia de la contaduría pública en Colombia siglo XX. Elementos para su interpretación*, Bogotá, Universidad Central-DIUC.
4. DELEUZE, Gilles, 1987, *Bergsonismo*, Madrid, Cátedra.
5. _____, 2002, *Diferencia y repetición*, Buenos Aires, Amorrortu.
6. DERRIDA, Jacques, 2002, *La Universidad sin condición*, Madrid, Trotta.
7. LARRAÑAGA, Dámaso, 2003, “Lineamientos generales sobre las unidades académicas de la Universidad”, Universidad Católica de Uruguay, marzo.
8. LAVERDE, María Cristina, 1994, “Editorial”, en: *Nómadas*, No. 1, Bogotá, Universidad Central-DIUC, p. 5-7.
9. _____, 1996, *La investigación en la Universidad Central. Labores y estrategias para su desarrollo*, documento interno, Universidad Central.
10. _____, 1997, “Esmeralda Arboleda. Una mujer nuevos caminos”, en: *Nómadas*, No. 6, Bogotá, Universidad Central-DIUC, pp. 156-175.
11. _____, 1998, “*Nómadas* parte de una travesía”, ponencia presentada en la XI Feria Internacional del Libro, Bogotá.
12. _____, 2005, “Discurso pronunciado a propósito del lanzamiento de la *NÓMADAS* Cono Sur-Clacso” en la Feria del libro, Buenos Aires.
13. _____, s/f, *Propuesta de revista del Departamento de Investigaciones*, documento interno, Universidad Central, Bogotá.
14. MARTÍ, José, 2004, *Ensayos y crónicas*. Madrid, Cátedra.
15. NIETZSCHE, Friedrich, 2009, *La ciencia jovial. Nietzsche I*, Madrid, Gredos.
16. SALAZAR, Mónica (ed.), 2013, *Colciencias cuarenta años. Entre la legitimidad, la normatividad y la práctica*, Bogotá, Observatorio Colombiano de Ciencia y Tecnología/Universidad del Rosario/Universidad Nacional.
17. SENNETT, Richard, 2009, *El artesano*, Barcelona, Anagrama.
18. UNIVERSIDAD Central, 2001, *Proyecto Educativo Institucional*, documento interno, Universidad Central, Bogotá.

DOCUMENTOS DIUC/IESCO

19. DIUC, 1998, *Departamento de Investigaciones, DIUC*, documento interno, Universidad Central, Bogotá.
20. _____, *Lineamientos generales para la constitución del Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos, Nómadas*, documento interno presentado a las directivas de la Universidad, Universidad Central, Bogotá.

